

Sobre el signo de la cruz

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Quizá sea la cruz el signo más conocido del mundo. ¿Pero significa lo mismo para todos los hombres? Según muchas personas está adherida a acciones opuestas a la doctrina del Dios Hombre que murió en ella: la Cruzada contra los infieles, la Inquisición u otras deplorables fechorías cometidas precisamente en nombre de la cruz. *In hoc signo vinces* (con este signo vencerás) es una frase que se ha empleado en guerras religiosas.

Hay quienes consideran la cruz como símbolo de la paz y amor; otros como una necesidad propia de los cristianos; unos la identifican con el poder de las distintas Iglesias; finalmente, es

un escándalo para algunos, y se pide su retirada, por ejemplo, de las aulas o de los centros oficiales. Ha llegado a convertirse en símbolo universal de la salud, de la Medicina, de la Farmacia, de la Beneficencia (la Cruz Roja, aunque los países islámicos utilizan la Media Luna Roja).

En todo caso, la cruz es la señal de los cristianos, que creen que en ella se resume la obra de la redención. Para ellos es memorial de la pasión de Cristo, símbolo de la salvación, del sufrimiento que conduce a la gloria, de la muerte unida a la resurrección. Su representación aparece al propagarse el Cristianismo, en las catacumbas de Roma por

ejemplo. Luego se reprodujo profusamente esta señal, se extendió su culto, se adornaron con ella los dinteles, las fachadas, las iglesias, los caminos, las coronas, las órdenes de caballería; ante todo, el pecho de los cristianos. La fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz nació en Jerusalén en el siglo IV, y luego se celebraría también en el Oriente y en el Occidente.

En el citado siglo IV San Juan Crisóstomo pide que “nadie se avergüence de los símbolos sagrados de nuestra salvación...; llevemos más bien por todas partes, como una corona, la cruz de Cristo..., símbolo de victoria. De ahí el fervor con que lo inscribimos y dibujamos, en nuestras casas, sobre las paredes, sobre las ventanas, sobre nuestra frente y el corazón. Porque este es el signo de nuestra salvación, el signo de la libertad del género humano, el signo de la bondad de Dios para con nosotros”. Según San León Magno —en el siglo V—, por la cruz “los creyentes reciben, de la debilidad, la fuerza; del oprobio, la gloria; y de la muerte, la vida”. En el siglo XIII Santo Tomás de Aquino escribe que “en la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes”.

¿De qué virtudes se trata? Indudablemente de las de Cristo, que han de ser imitadas porque la cruz no debe ser sólo una señal teórica para los cristianos, sino una constante invitación para que ellos actúen y se comporten como tales. Si es signo de la humildad del Dios hecho hombre, invita a imitar esa humildad. En consecuencia la cruz —que por ser símbolo de paz San Pablo dice que Dios quiso reconciliar consigo todos los seres, “haciendo la paz por la sangre de su cruz”— persuade a ser personas pacíficas, a trabajar por esa paz, a tratar benigna y humildemente a los demás. ¿Tiene la cruz para todos los cristianos este significado pedagógico, que enseña, y práctico, que pide vivir las Bienaventuranzas o cumplir *la regla de oro* de Cristo: tratar a los demás como deseamos que ellos nos traten?

Los cristianos se persignan, son bendecidos haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Ellos mismos, al escuchar el Evangelio, se hacen tres cruces: una sobre la frente, para aprender del Evangelio a pensar y proyectar el bien; otra sobre los labios, para aprender del Evangelio a decir el bien o bendecir; la tercera sobre el corazón para aprender, también del Evangelio, a amar, a hacer siempre el bien.

Ya San Pablo exhortaba a los filipenses a que nada hicieran por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los otros como superiores a sí mismos, buscando cada uno no su propio interés sino el de los demás. A continuación el citado Apóstol, al pedir que tengamos los mismos sentimientos que Jesús, refiere este precioso himno: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz”.

* * *

Esa muerte de cruz era una pena romana, no hebrea, reservada a los esclavos por delitos graves. Como Jesús se declaró igual a Dios, el Sanedrín lo condeno por blasfemo, cuya pena hebrea normal era la lapidación. Pero el pueblo —instigado por los sacerdotes, fariseos, saduceos y escribas— pedía a Pilato: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Cicerón calificaba la crucifixión como “el más cruel y tétrico suplicio”, y se refería al “extremo y sumo suplicio de la esclavitud”. También escribía horrorizado: “Que un ciudadano romano sea atado es un abuso; que sea golpeado es un delito; que sea matado es casi un parricidio. ¿Qué diré, pues, si es suspendido en cruz? ¡A cosa tan nefanda no se puede dar en modo alguno un apelativo suficientemente adecuado!” Jesús, en su pobreza, en su humillación, no tenía

ni siquiera el título de ciudadano romano para librarse de tan cruel suplicio (San Pablo en cambio sí, y por eso lo exhibió para no ser azotado).

La crucifixión iba precedida de la flagelación, que en el caso de Jesús no se practicó al modo judío (cuarenta azotes menos uno), sino al romano, cuyo número de azotes se dejaba al arbitrio de los verdugos o a su cansancio. Esta flagelación era algo tan extraordinariamente doloroso que a menudo el reo se desmayaba bajo los golpes, y hasta con frecuencia perdía la vida: los flagelos eran robustos látigos con muchas colas de cuero cargadas por varias bolitas de metal armadas de agudas puntas. Quien padecía la flagelación romana quedaba convertido en alguien aterrador y repugnante. A los primeros golpes, la espalda, el cuello, los costados, los brazos y las piernas se amorataban, y a continuación se cubrían de líneas azuladas y de tumefacciones: luego la piel y los músculos de desgarraban, se rompían los vasos sanguíneos; los golpes sobre el cuerpo, que chorreaba sangre, repercutían en los órganos internos y en la columna vertebral, dañándolos gravísimamente, aunque era respetada la zona del corazón. Al final el flagelado quedaba convertido en un amasijo de carnes sanguinolentas, desfigurado en todos sus rasgos.

Después, a la espalda del condenado, entregado a los soldados al mando de un centurión que tenía el cargo de certificar su muerte, se ataba el palo horizontal de la cruz y era conducido — dando tropezos y caídas al caminar— hacia el lugar del suplicio mientras recibía toda clase de escarnios. Era ya mediodía, y desde la noche anterior Jesús había sufrido incomparables violencias físicas y morales. En Getsemaní — previendo lo que le esperaba— experimentó una inmensa angustia. “Me muero de tristeza”, dijo entre gemidos. Y había sudado sangre.

Al llegar al sitio de la ejecución —donde estaba plantado en tierra el palo vertical—, el reo era tendido en el suelo con el rostro hacia arriba. Las manos eran clavadas al palo horizontal: los clavos no se clavaban en las palmas —como se ha representado casi siempre en los crucifijos—, sino en el carpo o principio de la muñeca, por un pequeño espacio llamado *de Destot*, rozando así el nervio mediano, uno de los más sensibles del cuerpo, que provoca un espantoso dolor. Al ser atravesado el carpo y rozar el clavo los nervios que por allí pasan, se contraían los músculos flexorios, que doblan mecánicamente los pulgares hacia dentro.

El reo —probablemente mediante una cuerda que le ceñiría el pecho y correría por el palo vertical plantado en tierra— era elevado; el palo horizontal se unía al vertical con clavos o cuerdas, y al fin se clavaban los pies, el izquierdo sobre el derecho, atravesados los dos por el mismo clavo, que además los oprimía contra la cruz. Ésta es símbolo de perdón porque Jesús acaso mientras le clavaban las manos o los pies, exclamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen”.

En tal situación, desangrándose, con altísima fiebre, sediento al máximo y entre dolores horribles, el crucificado esperaba la muerte. En el caso de Jesús, no lo dejaron morir en paz, ya que era insultado, escupido o apedreado. Para no morir asfixiado, al reo sólo le cabía inspirar el aire apoyándose con intensísimo dolor en los clavos, mientras la cabeza sufría indeciblemente al golpearse contra la cruz: en el cráneo se clavaban las espinas de la corona, no en forma de aro sino de casquete.

Esa corona había sido ceñida sobre su cabeza tras la flagelación, y entre sus manos atadas le habían colocado una caña a modo de cetro. Él se había proclamado Rey de los judíos. Los soldados, no siendo legionarios, sino auxiliares de las cohortes, debían estar reclutados en su mayoría entre las poblaciones vecinas a los

judíos, hostiles a ellos. Serían sirios y samaritanos, enemigos mortales de los judíos, pero muy fieles a Roma, para los cuales era una diversión cubrir de befas y bestialidades a quien se había proclamado Rey de sus odiados judíos. Se habían inclinado burlescamente ante él diciéndole: “¡Salve, Rey de los judíos!” Le habían escupido en la cara, y arrancándole la caña de entre las manos lo habían golpeado con ella sobre la corona de espinas. Encima de la cruz, la tablilla legal proclama públicamente el delito cometido por Jesús.

Seguían sin dejarlo morir en paz; se burlaban de él, le decían que se salvase a sí mismo si era Hijo de Dios y que descendiera de la cruz. Entre risotadas gritaban que él salvó a otros, pero a sí mismo no podía salvarse; si era el Rey de los judíos, que bajara de la cruz y entonces creerían en él. Los tormentos aumentaban durante las tres horas de suplicio.

La cruz, entonces, es un signo capaz de confortar ante el dolor o ante la agonía del cristianismo. Porque ningún cuerpo ha sufrido tanto como el de Cristo, quien además mostró la mayor paciencia y resignación. Pero si su sufrimiento físico fue enorme, todavía más lo fue el moral, el anímico, psíquico o espiritual.

De pronto, Jesús profirió un fuerte grito diciendo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Estas palabras son una cita, constituyen el principio del Salmo 22. Su pleno sentido queda dado por la composición entera de que son el comienzo. Este salmo se refiere al Mesías, cuyos dolores predice. Jesús, recitando el principio desde la cruz, se lo aplica a sí mismo, porque se cumple en él. Ese salmo continúa así: “A pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza... En ti confiaban nuestros padres; confiaban, y los ponías a salvo; a ti gritaban, y quedaban libres... Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: *Acudió al señor, que lo*

ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere... No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre. Me acorrala un tropel de novillos... abren contra mí las fauces leones que descuartizan y rugen. Estoy como agua derramada, tengo los huesos descoyuntados; mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas; mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar; me aprietas contra el polvo de la muerte. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica”.

Tras morir, como sabemos, un soldado le atravesó con la lanza el costado, y al instante salió sangre y agua. Fisiólogos ingleses explican de esta manera la salida de sangre y agua: el corazón se rompió mucho antes de la lanzada, en el momento de morir. Esta rotura —causa inmediata de la muerte— produce una hemorragia interna en el pericardio y una sucesiva descomposición de la sangre, cuyos glóbulos rojos se posan abajo mientras el suero acuoso queda suspendido arriba, de tal manera que cuando el pericardio fue atravesado por la lanza, el elemento sanguíneo y el acuoso salieron separados entre sí. Según tales fisiólogos, la rápida muerte de Jesús —anterior a la de los dos malhechores— se explica por una rotura del corazón debida a causas morales: Jesús —el hombre más sensible— murió con el corazón destrozado de dolor psíquico, anímico o espiritual, de íntimo sentimiento.

¿Acaso el cristiano moribundo no se conforta al mirar una cruz? El sufrimiento del Crucificado fue inmensamente mayor que el de cualquier otra persona, por muy atroces que sean sus dolores. Téngase en cuenta además que los crucifijos no muestran el estado en que se encontraba Cristo, el cual, completamente desfigurado, hecho todo una llaga, no parecía ni siquiera un hombre, como profetizó Isaías: “Desfigurado no parecía hombre, ni tenía

aspecto humano... Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron... Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron... Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malhechores; porque murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca”.

* * *

Pero la señal de la cruz se adorna bella, artísticamente, con perlas, piedras y metales preciosos, porque de ella nos viene la salvación y está indisolublemente unida a la resurrección. Ésta es consecuencia de la cruz, tanto para Cristo como para sus hermanos.

“Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo”, se canta en la Liturgia del Viernes Santo. Y todos responden: “Venid a adorarlo”. La cruz, entonces, se adora. Y durante la adoración se canta: “Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero”. Es decir, la cruz es también signo de alegría.

Al ver la señal de la cruz, el cristiano debería recordar la tradicional antifona: “Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, que por tu santa cruz has redimido al mundo”. Para el hombre desesperado la cruz puede devolverle la

esperanza, la alegría. Un canto, el himno *Vexilla Regis*, dice así: “O crux, ave, spes unica” (Salve, oh cruz, única esperanza). ¿Acaso no es la cruz el más hermoso símbolo de la esperanza? Y el *Ave verum* dice: “Salve, cuerpo adorable, el mismo que nació de María Virgen. El mismo que padeció y fue inmolado en la cruz para el bien del hombre. Su costado perforado manó en agua y sangre. Sea de nosotros saboreado en la agonía de nuestra muerte. ¡Oh dulce Jesús! ¡Oh buen Jesús! ¡Oh Jesús, hijo de María!”

El Calvario está muy cerca del Santo Sepulcro donde Jesús resucitó. La cruz es el camino de la resurrección; la muerte, de la vida eterna. Las heridas de Cristo crucificado se han convertido en gloriosas. Al aparecer resucitado a sus discípulos, Jesús les mostró la señal de los clavos y la herida del costado. En el cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado, son incrustados cinco granos de incienso —las cinco heridas del Cristo crucificado— en forma de cruz mientras se dice: “Por sus llagas santas y gloriosas nos proteja y nos guarde Jesucristo Nuestro Señor. Amén”.

Luego se pide que la luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu. Ante la cruz, la vida —con sus tristezas y alegrías, con sus sufrimientos y gozos— adquiere sentido, y el cristiano espera que cuando comparta la muerte de Jesucristo, compartirá también la gloria de la resurrección. Porque quien murió en la cruz transformará nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo. Es decir, el signo de la cruz remite a la resurrección, a ella ligada de manera inseparable. Por eso la cruz es, principalmente, signo de la resurrección y de la vida, de la victoria sobre la muerte, de la salvación.

Pero, por todo ello, la cruz debe ser para el cristiano el mejor símbolo del amor, la más expresiva imagen de la definición de Dios dada por San Juan: “Dios es amor”. Se trata del más conmovedor signo de la generosidad

de Dios. Ante la cruz, en cualquier tiempo o lugar, cada uno puede saberse personalmente amado por Dios y repetir con San Pablo: “Me amó y se entregó a la muerte por mí”. La muerte de Cristo en la cruz es signo del amor que tiene a los suyos, como leemos en el Evangelio de Juan: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”.

Mirando la cruz se comprenden plenamente las palabras que Jesús dirigió a Nicodemo: “Tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”.